

# DISCURSO PATRIOTICO

PRONUNCIADO

EN LA ALAMEDA DE MEXICO

LA MAÑANA

## DEL 16 DE SEPTIEMBRE

DE 1854.

POR EL SEÑOR

D. Jose Ignacio de Anievas.



MEXICO.

IMPRENTA DE IGNACIO CUMPLIDO

Calle de los Rebeldes, núm. 2.

1854.



FONDO DE HISTORIA

DISCURSO PATRIÓTICO

PROHIBIDO

EN LA ALAMEDA DE MEXICO

LA MAÑANA

DEL 16 DE SEPTIEMBRE

DE 1854

TOR EL BRON

D. José Ignacio de Sotomayor



MEXICO

IMPRESA DE...

Calle de los...

1854

... de los héroes de la independencia, hemos venido a recordar  
nuestros errores y a lamentar los infortunios de la patria. Y todavía  
no siempre al ofrecer a la vista ese cuadro de lúgubres y profundas  
delicias, se ha procurado colocar a la luz de la filosofía y de la  
verdad. Proseguiré yo haciendo en cuanto me sea posible.

En la existencia de los pueblos, desde los pasos torpes y vacilan-  
tes de su infancia, en los días borrascosos de su juventud, en su toba-  
la virilidad y hasta en su triste decadencia, se presentan a los ojos del  
observador filósofo y reflexivo, los mismos fenómenos, los mismos

Es ciertamente justo y útil levantar monumentos a  
esos hombres extraordinarios que han aparecido a la  
faz del mundo como brillantes meteoros, dejando en pos  
de sí en el transcurso de los tiempos dilatadas ráfagas  
de luz: la Providencia ha querido que el heroísmo de  
aquellos se manifestara a la vista de todos, para que  
todos se conmoviesen de sus nobles ejemplos.

*Déjese.*

ellos han puesto como esparcidas osamentas en los desiertos. Las  
ruinas de Balbeck y de Palmira y la ciudad de Semiramis, alies-  
guan el esplendor y la opulencia de aquellos imperios, y en nuestro  
territorio las del Palenque y de Milla, indican que hubo una nación

¿CON que me es permitido subir a esta tribuna y hacer oír mi voz  
ante un concurso tan respetable y numeroso, y en día tan solem-  
ne y magnífico? Honra es esta para mí tan insigne, que no acierto  
á espresarla. . . . Mis palabras son pobres y débiles, tanto como es  
grande y difícil el asunto que se me ha encomendado; mas la Junta  
Patriótica al distinguirme de un modo tan benévolo é inmerecido, ha  
contado con mi deferencia como una prueba de patriotismo. Acor-  
dadme, señores, por lo mismo, vuestra indulgencia de que tanto ne-  
cesito.

Hace ya seis lustros que el pueblo mexicano se reúne en este día  
en derredor de sus autoridades para celebrar el natalicio nacional, y  
cada año ha escuchado de los lábios de los oradores que me han pre-  
cedido, no solo la narracion histórica de una sangrienta lucha de once  
años, llena de hechos interesantes y terribles, y los justos encomios á  
los caudillos que en ella figuraron, pluguiera al cielo que hubiese  
sido así! pero no; que tambien se ha enlazado la triste y vergonzosa  
historia de nuestros días, y al ensalzar, cual merecen, el valor y el noble

sacrificio de los héroes de la independencia, hemos venido á recordar nuestros errores y á lamentar los infortunios de la patria. Y todavía; no siempre al ofrecer á la vista ese cuadro, de tintes tan profundos y delicados, se ha procurado colocarlo á la luz de la filosofía y de la verdad. Procuraré yo hacerlo en cuanto me sea dable.

En la existencia de los pueblos, desde los pasos torpes y vacilantes de su infancia, en los dias borrascosos de su juventud, en su robusta virilidad y hasta en su triste decadencia, se presentan á los ojos del observador filósofo y reflexivo, los mismos fenómenos, los mismos varios incidentes que en la vida de los individuos: las leyes del mundo moral, como las del mundo físico, rigen, reflejan y se repiten desde los objetos mas grandes que apenas puede abarcar la mente, hasta aquellos que por pequeños desaparecen á nuestra vista. Así vemos tambien que algunos pueblos cuyo nombre se ha perdido en la sima del olvido, fueron grandes y poderosos, á juzgar por los restos que de ellos han quedado como esparcidas osamentas en los desiertos. Las ruinas de Balbeck y de Palmira y la ciudad de Semíramis, atestiguan el esplendor y la opulencia de aquellos imperios, y en nuestro territorio las del Palenque y de Mitla, indican que hubo una nacion formada quizás de las tribus emigrantes del Asia, y sobre la cual pasó el huracán asolador de la conquista; cuyas ruinas, en fin, semejantes á algunas losas funerarias que ha carcomido el tiempo, no contienen sino caracteres medio borrados, cifras casi ininteligibles. Pero aun de los pueblos antiguos que conservan su nombre y su existencia ¿son por ventura hoy lo que antes fueron? Decid si la Grecia moderna es esa misma en un tiempo tierra clásica de las artes, de las ciencias, del genio; si la que hoy se inclina humilde ante el poder moscovita es la que se llamó la cuna de los dioses y de los héroes? Decid tambien si la Roma de nuestros dias es la patria de Rómulo, de Régulo y de Julio César; la metrópoli altiva que desde el Capitolio daba leyes al universo? Ah! Dios al humillar su orgullo parece haber querido considerar su antigua grandeza, escogiéndola para el asiento supremo de su Iglesia.

Donde quiera que se abra la historia, veremos repetido el ejemplo de pueblos que se elevaron por el valor de sus guerreros, por los talentos de sus sabios, por sus artes ó por sus ciencias, al apogeo de la fortuna y del poder, y que despues divididos por las discordias civiles,

se debilitaron y envilecieron, sino es que la inmoralidad y la corrupcion anticiparon su caducidad y aniquilamiento.

Por lo demas, yo no veo en los grandes acontecimientos que cambian de tiempo en tiempo la faz del mundo, sino hechos superiores á la voluntad humana, y de que algunos hombres, son meros instrumentos, elegidos para que se cumplan designios incomprensibles y eternos. Hombres en verdad, privilegiados, que se presentan, cuando es necesario, animados de esa inteligencia que todo lo penetra, de esa prevision que lee en el porvenir, de ese valor que por nada se arredra, y del genio, en fin, que todo lo avasalla.

Un marinero genoves, de tosca y modesta apariencia, pero alumbrado por un destello de inspiracion que Dios hizo descender á su mente, atraviesa en su frágil carabela mares desiertos y desconocidos, y revela á los ojos de la Europa atónita, la existencia de un extenso continente. Para este descubrimiento portentoso era preciso el concurso de dos genios. Cristóbal Colon fué el uno, Isabel de Castilla fué el otro: Colon, pobre y desvalido, necesitaba el auxilio del poder; la ilustre princesa no vaciló en dárselo, y le entregó las joyas de su diadema; pero en cambio habia de recibir un mundo, y compartir con el marino la inmortalidad del descubrimiento: un mundo, donde mas tarde los guerreros que habian combatido bajo su mando contra el poder del islamismo, habrian de añadir nuevos reinos á la monarquía de Carlos V.

He llegado al periodo interesante, donde comienza nuestra historia, despues de este preliminar, necesario al pensamiento de mi discurso.

El sulco que trazara la nave de Colon en medio del oceano, habia de ser el hilo de comunicacion que enlazase al nuevo mundo con el antiguo: abierto estaba ya el camino que debia conducir á mayores y mas importantes descubrimientos. Era el siglo de las empresas y de las conquistas; y el espíritu batallador y aventurero de los que habian estado con los musulmanes en constantes lides, no podia dejar de acojer ansioso la ocasion que con mas incentivo de novedad, y con el interés del mayor peligro, en las nuevas regiones se le ofrecia. La vírgen América se presentaba á sus ojos como saliendo de las ondas, revestida con todo el encanto y la pompa de su magnífica naturaleza, y con toda la inocencia del primer dia de la creacion, ¿qué extraño es que escitase el deseo ardiente de conquistarla y poseerla?

Léjos de mí, señores, el pensamiento de disculpar los actos de crueldad y los excesos, que tuvieron lugar en el drama terrible de la conquista: compadezco, como el que mas, la suerte de los desgraciados aztecas, y admiro el heroísmo con que supieron defender la capital de su imperio. ¡Oh, si nosotros lo hubiéramos imitado, en una época infausta y reciente! Pero no seré tampoco, de los que guiados por un sentimiento de mal linage, atribuyen solo á los españoles esos instintos feroces y sangrientos; pues como ha dicho en esta ocasion un orador distinguido (\*): “Tales excesos deben considerarse como un rasgo fisonómico de la raza humana, mas bien que como una prueba especial y característica de nuestros antepasados;” y yo añadiré, que sobre esto pudieran citarse muchos ejemplos.

La hora de la caída y destruccion del imperio de Anáhuac, habia sonado como para otros pueblos, y no era posible variar lo que estaba escrito por el dedo del Omnipotente. Si es cierto que la nacion azteca habia llegado al mayor grado de civilizacion material, atendido su aislamiento é incomunicacion con las demas del globo, no lo es ménos, que bajo el aspecto moral é intelectual, se hallaba envuelta en las densas sombras de la idolatría y de la barbarie. Era necesario, pues, que resplandeciese para estas regiones el sol del cristianismo, y que empezase una nueva era de civilizacion, que abriese á la América el camino á sus grandes destinos.

A este fin, un hombre dotado de un valor temerario, de un carácter profundo y reflexivo, de una astuta política, que supo aprovechar las disensiones de sus numerosos adversarios, debia ser el que con mano vigorosa plantase la cruz del Hijo de María, en el teocali humeante de sangre humana, y el que abatiese el trono de Ahuitzolt, ocupado entónces por el desventurado Moctezuma II.

Tal es el acontecimiento memorable, que tuvo lugar á la mitad del año vigésimo—primero del siglo décimo—sesto; que por las circunstancias que lo produjeron, y por la importancia de sus consecuencias, es de los que señalan una grande época en la historia del mundo. Desde ella empieza nuestra ecsistencia, nuestro ser social; primero, como pueblo que hacia parte de otro pueblo; hoy, como nacion soberana é independiente.

(\*) Gomez Pedraza.

La religion augusta de Cristo se apresuró solícita á restañar la sangre de las heridas, y á inocular en el corazon y en el espíritu de los desgraciados vencidos, sus verdades consoladoras y sublimes. La política y la humanidad se asociaron á ella para protegerlos, como lo habian hecho antes, contra las demasías de los vencedores; y el genio de la civilizacion, con su mágico poder, hacia brotar de entre las ruinas y escombros de la conquista, templos dedicados al Dios verdadero, nuevas ciudades que debian ser pronto populosas y florecientes, por la grande inmigracion que atraía la fama de la belleza y de los tesoros de esta tierra; de las dos razas, en fin, nacia un pueblo nuevo, que bajo tan benéficos auspicios crecía, se educaba y adquiria el vigor necesario, para poder un dia ecsistir por sí mismo. Este dia llegó al cabo de tres siglos.

Me desviaré de la senda que algunos oradores y escritores políticos han recorrido, al ocuparse de las causas que produjeron el gran suceso de nuestra emancipacion política; y no diré, como ellos, que la servidumbre colonial mantenía á estos pueblos en la abyeccion y en la ignorancia, y que la Metrópoli procedía así por un cálculo de política, para tener sus posesiones mejor guardadas, y solo esplotar con seguridad sus riquezas. Nuestra causa es en sí tan buena y tan justa, que no necesita recurrir á medios falsos ó ecsagerados para justificarse.

Los paises conquistados en América por los españoles, se consideraron como reinos y provincias de aquende los mares; y de la misma manera que los reinos de Nápoles y Flándes, en otro tiempo, y los de Aragon, Cataluña, Navarra, en el mismo territorio peninsular, formaban parte integrante de aquella vasta monarquia, gobernados por las mismas leyes generales.

En la Nueva España se procuraron con mas empeño que en otras colonias del continente, los adelantos de las ciencias y de las artes; y los varios monumentos diseminados en nuestras bellas ciudades, los lienzos que cubren los claustros de nuestros monasterios, sus bajos—relieves, sus estátuas, son otras tantas pruebas del grado de ilustracion y de cultura á que se habia llegado.

Pero todos estos bienes no podian bastar á las ecsigencias de un pueblo que se hallaba á tanta distancia de su metrópoli, que sentía en sí la necesidad de tener una ecsistencia propia, un nombre en el mundo, la dignidad, en fin, de nacion y de pueblo libre. México

contaba además, con todos los elementos constitutivos de nacionalidad. Su posición geográfica, su población, la riqueza de su suelo, y la misma organización política, económica y administrativa, porque había sido regido bajo la Metrópoli tantos años, componían la estructura perfecta de un Estado independiente, y con todas las condiciones para ser tan poderoso y feliz, que escitase la envidia, inspirase el respeto, y atrajese la admiración de las demás naciones. ¿Cómo, pues, no obedecer al instinto imperioso de la emancipación, de que tantos bienes debían esperarse? ni cómo los hijos de este suelo privilegiado, en cuyas venas circula la sangre de dos razas heroicas, educados con los nobles ejemplos de sus padres, dejarían de experimentar el justo y ardiente deseo de poder esclamar á la faz del mundo: *¡Somos independientes! ¡tenemos una patria!*

Ya de antemano un ejemplo que no debía perderse, el levantamiento de las colonias inglesas en Norte de América, apoyado por la Francia y por la misma España, vino á arrojar en el seno vírgen de las poblaciones hispano-americanas, el oculto gérmen, que mas tarde ó mas temprano debía desarrollarse.

Las convulsiones que agitaron después á la Europa á fines del siglo anterior, á consecuencia de aquella revolución, que, suponiéndose hija de la filosofía y de la civilización, dió al mundo en espectáculo todos los escándalos, todos los delirios, todos los horrores de que puede ser capaz el orgullo y la barbarie humana; que proscribió en nombre de la libertad y de la razón, todo lo que hay de bello, de noble y de grande; aquel cataclismo político y social, que hizo estremecer el suelo europeo, debía conmover aún á los países mas distantes.

La América Española conservaba sus creencias en política y en religión, puras é intactas: la distancia que la separaba de Europa; la vigilancia y recato con que había sido guardada por la madre patria, como quien teme con harta razón perder una posesión codiciada, todo esto la había preservado del contagio; pero los acontecimientos posteriores, la prisión del monarca, la ocupación de la península por los ejércitos franceses, las ideas vertidas en las Juntas de Sevilla y de Cádiz, todas estas causas debían producir sus necesarios resultados. El viento revolucionario que había traspasado la cordillera de los Pirineos, al atravesar el oceano no había traído á estas regiones sino los puros aromas de independencia y libertad.

Los hombres mas distinguidos de México, las primeras capacidades de la época, concibieron el plan de erigir una Junta que gobernase en nombre del cautivo soberano, dando las leyes y disposiciones que mejor conviniesen á la defensa del reino, y á su buen régimen y prosperidad; y este proyecto que proveía á salvar la tierra de Guatimoc y de Cortés, de caer el dominio napoleónico, envolvía al mismo tiempo el pensamiento de su soberanía y nacionalidad.

Frustróse la combinación hábilmente trazada, y un imprudente y criminal atentado, la deposición y arresto del delegado de la corona, á quien se suponía de acuerdo en el proyecto de independencia, vino á irritar los ánimos y á escitar odios funestos y trascendentales. Léjos de desmayar los patriotas con este incidente, mas se avivó en ellos el deseo de conquistar la suspirada libertad; pero descubiertos sus planes y desconcertados sus designios, fueron relegados á las prisiones.

El cura del pueblo de los Dolores D. MIGUEL HIDALGO, eclesiástico anciano, que á una inteligencia ilustrada reunía el carácter resuelto y tenaz, indispensable para las grandes empresas, debió sufrir la misma suerte de los otros conjurados; mas al saberlo adopta la resolución de proclamar el primero en la humilde aldea de su flegresía, el pensamiento que debía producir la emancipación de la Nueva España, y este hecho heroico fué la primera página de una década gloriosa y sangrienta!

Quizá bajo un plan combinado, habiendo acuerdo entre los caudillos y mas orden y regularidad en los medios, el movimiento insurreccional habría obtenido el triunfo, evitándose las calamidades de una larga y fratricida guerra; ¿mas quién puede penetrar los arcanos del cielo? Tal vez pueda decirse que el beneficio de la Independencia por ser bien de tanta valía, no debía adquirirse sino á costa de muchos esfuerzos y sacrificios para que lo apreciásemos y lo comprendiésemos; que esa planta preciosa y delicada necesitaba para crecer y estender sus ramas que habían de cubrir á muchas generaciones, el ser regada con la sangre generosa de sus primeros héroes!

¿Qué mas puedo añadir.....? Bien conocidos os son todos los hechos; los nombres de los caudillos, los de los sitios de las batallas, los varios incidentes, en fin, de la terrible revolución que comenzó en el pueblo de Dolores en 1810..... ALLENDE, ALDAMA, MORELOS,

MINA, MATAMOROS, ¡todos cayeron como las espigas bajo la hoz del segador! Los que se sustrajeron al patíbulo, murieron como ABASOLO en el destierro: otros mas afortunados vieron el sol de Iguala, como BRAVO, VICTORIA, y GUERRERO. Pero, ah! no, ¿qué digo? ellos tambien presenciaron nuestras discordias de que á su vez fueron instrumentos y víctimas!

Al nombrar al primero, tras de quien acaba de cerrarse la puerta de la tumba, no puedo ménos de consagrarle un recuerdo. El fué una de las glorias mas puras de su época. Recto y justo como Atilio Régulo, magnánimo como Scipion, escedió al general romano por su virtud; pues si bien éste sofocó el amor que sentia por su bella cautiva, cediéndola con la dote de su rescate al príncipe de los celtiberos, Bravo perdonando á los prisioneros españoles, sofocó en su pecho la cólera y la venganza, para ofrecer á los manes de su padre sacrificado en el cadalso, un holocausto de clemencia y de misericordia. ¡Honor á virtud tan sublime!

El término de la dominacion española en América, habia llegado como una consecuencia del orden establecido por la Providencia en la sucesion de los acontecimientos, en la reproduccion de las individualidades, y en el progreso y decrecimiento universal.

Un guerrero mexicano, que habia militado como otros muchos bajo las banderas de España, era el que estaba destinado á consumir la obra grandiosa de la emancipacion, por medio de un plan, en el que proclamando como en Dolores, la unidad religiosa y la unidad política, se hacian converger todos los intereses al gran centro del interes nacional, y en el que por último se restablecia el gran pacto de alianza entre todos los habitantes de Anáhuac. ¡Oh plan admirable! ¡Oh union! ¡vínculo precioso y santo! tú eres el cimiento de la paz y el origen de todo bien, tu constituyes la fuerza en que se apoya la justicia y los derechos de las naciones! Por tí el inmortal ITURBIDE consiguió tremolar victorioso en las almenas del palacio de los vireyes ese hermoso emblema de nuestra soberanía y nacionalidad....! Y tú, enseña gloriosa que adornaran ocho años mas tarde los laureles cortados en las orillas del Pánuco por la mano de uno de los mas valerosos capitanes de la Independencia, ¿por qué algunas manchas habian de opacar despues tus bellos colores? ¡Por qué no siempre fuiste dichosa en los combates?

¡Ah! en este momento, compatriotas, vienen á oscurecer mi mente recuerdos infaustos, imàgenes desconsoladoras, que contrastan con la alegría y grandeza de esta solemnidad! Mas no temais que quiera manifestáros las, ni que vaya á desceñir imprudente las vendas que cubren heridas aún no cerradas! ¡Ah no! mexicanos, en el dia en que se conmemora el aniversario de la patria debe cubrirse el cuadro de nuestras discordias, de nuestros estravios, que tantas pérdidas é infortunios nos han traído, así como en el natalicio de una madre, sus hijos, en cuyos pechos no se ha estinguido del todo la virtud, pero á quienes insidiosos consejos, pasiones no reprimidas ó intereses innobles y mezquinos, han dividido y arruinado, olvidan en ese dia sus diferencias, deponen sus rencillas, y se dan ante ella el ósculo de reconciliacion para enjugar sus lágrimas!

Pues bien, compatriotas, hagamos oír á nuestro corazon la voz augusta de la patria que nos recomienda la paz, la union y la obediencia á la autoridad. Recordemos que al conquistar nuestros padres la independenciam, fué para que la hiciésemos feliz, y que su nombre fuese respetado. Ellos contaron con que nosotros haríamos el sacrificio de nuestras pasiones, de nuestra vida si era necesario, para que el legado precioso á tanta costa adquirido, pudiésemos transmitirlo á nuestros sucesores puro é intacto. ¿Y cómo hemos cumplido esta manda sagrada....? Con todo; la Providencia que vela sobre nuestros destinos, nos ha conservado el medio de salvarnos. Un hombre escogido, un patricio antiguo, lo que nos queda de nuestros dias heróicos, el GENERAL SANTA-ANNA! ¡Quién al oír su nombre no recuerda los grandes servicios, los distinguidos méritos, los hechos inmortales que lo han ilustrado?... Mirad como bajo el influjo de su gobierno, bajo el poder de su génio, todo se reanima y cobra vigor, la esperanza renace, el patriotismo se escita y nuevos triunfos vienen á coronar nuestras águilas! ¡Ah! cooperemos cada uno en nuestra parte á la grande y difícil obra de reparacion que ha intentado; así recibiremos un dia en recompensa la que á cada uno le pertenezca en el bien general, y ya enmendados nuestros desaciertos, borradas nuestras faltas, rehabilitado nuestro nombre político, podremos presentarnos serenos ante el tribunal de la posteridad.

DICE.